

vicios. Nadie por su gran influencia mereció mejor el nombre de civilizador. Completó el universo; acabó la unidad física del globo, y esto era adelantar mucho más de lo que se había hecho hasta él, la obra de Dios: *la unidad moral del género humano*. Esta obra, á que tanto concurrió Colon, era demasiado grande para ser recompensada dignamente con la imposición de su nombre al cuarto continente de la tierra. Sin embargo, si la América no lleva el nombre de Colon, el género humano, agrupado y reunido por él, le llevará en toda la extensión del globo terráqueo.»

Este testimonio del ilustre Lamartine, acorde con lo que la verdadera historia nos dice de Colon, nos hace asomar el carmin al rostro, al ver cuán escasa está nuestra patria de monumentos dedicados *al que mejor que nadie mereció el nombre de civilizador*, y cuán poco conocido es el hombre que llevó al Nuevo Mundo «todas las virtudes del viejo, sin uno solo de sus vicios.»

Ese doble objeto es el que nos proponemos nosotros: levantarle un monumento, y darle á conocer.

Propósitos laudables que nos colmarán de satisfacción si logramos realizarlos; porque la verdadera historia del descubridor del Nuevo Mundo interesa á la patria primeramente, y despues al corazon y á la inteligencia.

INTRODUCCION.

Indiferencia de los contemporáneos de Cristóbal Colon relativamente á su gloria.—Constantes simpatías de la Santa Sede á favor de su empresa.—Causas del olvido y desden de su memoria.—Tendencias de nuestra época á rehabilitarla.—Previsiones recientemente inspiradas al público por la erudición protestante.—Acusaciones sistemáticas y complicidad retrospectiva de una camarilla extranjera.—Error inevitable de los biógrafos acerca de la persona, carácter y situación civil de Cristóbal Colon.—Necesidad de una historia nueva de este héroe del Catolicismo.

§ I.

El 20 de mayo del año 1506, dia de la Ascension del Señor, á eso de las doce del dia, entregaba su alma á Dios, en una posada de Valladolid, tendido en su lecho de dolores, asistido de algunos religiosos franciscanos, rodeado de sus dos hijos y de siete criados de su casa, el Virey de las Indias, gran Almirante del Océano, Cristóbal Colon.

La muerte del hombre que había doblado el espacio de la tierra no pareció dejar ningun vacío, ni causar tristeza alguna; ni siquiera pareció un acontecimiento para la ciudad, y mucho ménos aún una pérdida para España, donde no causaba sensación ni ruido, y quedó completamente ignorada en el extranjero. La atención pública se hallaba distraída entónces por la llegada de la princesa Juana, hija de Isabel la Católica, que venía acompañada de su real esposo, el archiduque Felipe de Austria, llamado el *Hermoso*, quienes iban á tomar posesion del reino de Castilla, herencia suya. Todos los grandes habían salido al encuentro de los augustos príncipes, cuyo desembarco en la Coruña se acababa de saber, despues de los peligrosos incidentes de una travesía interrumpida por una especie de naufragio en las costas de Inglaterra. Era general la afluencia, y hasta el mismo hermano de Cristóbal

Colon, amigo de su infancia y adicto á él en toda su vida, don Bartolomé, en interes de sus sobrinos, debió abandonar la cabecera del enfermo, é ir, en nombre de ellos, á cumplimentar á los nuevos soberanos.

Malignas indiscreciones respecto á las discordias conyugales que frecuentemente surgian entre los jóvenes monarcas, la rencorosa desunion que se decia ya separar de su yerno al Rey Católico, las divisiones palaciegas, los partidos que se formaban en la casa real, serias inquietudes acerca del porvenir preparadas por estos conflictos, tenían preocupados todos los ánimos, é hicieron que fuese olvidada la suerte de Cristóbal Colon. Sabiase ademas desde mucho tiempo que el almirante del Océano habia caido en desgracia del Rey Católico, y por consiguiente que estaba abandonado de la Corte. Antes de su hora postrera estaba en un aislamiento completo. Su muerte pasó desapercibida. ¡El hombre que habia otorgado á España la mitad del globo, no obtuvo honras, ni oracion fúnebre, ni monumento, ni epitafio!

Era tal la indiferencia del público para con Cristóbal Colon, que un literato lombardo, muy de moda entónces, Pedro Mártir de Angleria, que en otro tiempo se habia envanecido de su familiaridad con el grande hombre, y se habia establecido en España, esperando, segun decia, pasar á la posteridad escribiendo la historia de los primeros acontecimientos del Descubrimiento, no se dignó mencionar esta muerte. Hasta la Crónica de Valladolid, que, desde el año 1333 hasta el 1539, registró minuciosamente todos los sucesos de interes local, como: fundaciones de capilla, de escuela, nacimientos y matrimonios notables, incendios, ejecuciones de reos, instalaciones de obispos, nombramientos de regidores, no creyó que valiera la pena de consignar esta muerte en sus anales. Y es que para Colon precedia el silencio del olvido al del sepulcro. Nadie reparó en su fin. Los franciscanos, que eran sus únicos amigos, depositaron piadosamente en su convento de Valladolid los restos olvidados, pero gloriosos del héroe.

Sin embargo, mejor aconsejado Fernando el Católico, despues de siete años, y queriendo legar á la historia un ejemplo de su real gratitud, acordóse del hombre que tan magnificamente habia acrecentado la grandeza de España, y á quien, en recompensa, habia él matado poco á poco, con su falta de fé, con la exasperante cortesanía de sus negativas, con sus dilaciones friamente calculadas, y mandó celebrar en honor del difunto unas exequias conformes á su categoría de gran Almirante. Desenterróse su ataud, y desde el convento de San Francisco se trasladó á la catedral de Sevilla, donde, á costas del soberano, se le celebró un funeral solemne. Bajóse despues el cadáver á las bóvedas del convento de Las Cuevas, en la capilla del Cristo, nuevamente construida. En la losa sepulcral se grabó en dos versos la leyenda de sus armas, y nada más.

Llegado providencialmente Colon de Italia á España, se le consideraba en ella como extranjero, á pesar de sus cartas de naturalizacion. Al morir, no habia dejado

en el país ninguna alianza poderosa unida á los intereses de su gloria y descendencia. Aventureros hábiles y afortunados surcaban, nueve años hacia, la ruta osadamente abierta por su genio al traves del MAR TENEBROSO, hasta entónces temido, y creído innavegable. Numerosos descubrimientos habian seguido á los suyos. Los fáciles resultados del presente hacian olvidar los ásperos trabajos de un pasado más conocido por sus prodigios que por sus riquezas. Nuevos astros subian al horizonte de la fama. Los descubrimientos de los portugueses en el Oriente, y la navegacion de los castellanos en las Indias Occidentales hacian surgir nombres ignorados. Miéntas Vasco de Gama doblaba el cabo de las Tormentas, descubria Mozambique, Melinda, Guzarte, y establecia factorias en Cochin y Cananor; Vicente Yáñez Pinzon atravesaba la linea equinoccial bajo el pabellon de Castilla. Miéntas que la sumision de Madagascar y de Socotora, el descubrimiento de Sumatra y de Malaca, y la conquista de Goa, difundian á lo léjos la gloria de las armas portuguesas, un nuevo ardor animaba todos los puertos de España, y activaba los ensayos de colonizacion en el nuevo continente, en el golfo de Uraba, Darien y Puerto Bello, y ocasionaba el descubrimiento de la Florida por Juan Ponce de Leon, seguido muy pronto del del Mar del Sud por el generoso Vasco Núñez de Balboa. ¿Quién se acordaba de Colon en medio de estos triunfos y esperanzas?

Por espacio de dos años seguidos, habia su hijo primogénito solicitado inútilmente del rey Fernando la investidura de los cargos y dignidades de su padre, conforme al texto de los convenios firmados el 17 de abril de 1492, en la Vega de Granada, ratificados el 23 de abril de 1497, y confirmados en Valencia, por real decreto del 14 de marzo de 1502. Todo lo que al fin pudo recabar del receloso monarca, fué la autorizacion para hacer valer juridicamente sus derechos; pero, en el pleito que intentaba contra la corona de Castilla, encontraba don Diego Colon por adversario al procurador fiscal, quien, obrando en virtud de opuestos intereses, abrió informaciones en las que fueron invitados á declarar, contra la gloria de Colon, los ingratos, los envidiosos, los antiguos dependientes rebeldes á su autoridad. El procurador fiscal oponia á las pretensiones del hijo, que su padre no habia prestado á Castilla ningun servicio eminente, y que no habia sido el verdadero autor de los descubrimientos. Se le acusaba de haber despojado de su plan, mapas y observaciones á un piloto desconocido, que murió en su casa, cuando habitaba la isla portuguesa de Porto-Santo, y de haber ejecutado su grande empresa con el auxilio de esta expoliacion casi sacrilega. Asegurábase ademas que si habia descubierto islas, no habia sido el primero en poner el pié en tierra firme, en el nuevo continente. De esta manera se reprodujeron, más fuertes y rejuvenecidas, todas las antiguas calumnias que, miéntas vivia, sembró la envidia á su paso despues de su triunfo.

Miéntas se tramitaban estas informaciones, un florentino letrado y matemático,

Amérigo Vespucci, recibia el nombramiento de presidente de la comision de Exámenes de la Marina. Siendo primero el principal dependiente en la importante casa de expedicion marítima fundada en Sevilla por el armador Juanoto Berardi, su compatriota, y por lo mismo puesto por necesidad en continua relacion con Cristóbal Colon, cobró con sus conversaciones aficion á la Cosmografía y gran curiosidad por las lejanas maravillas. Amérigo abandonó el escritorio por el astrolabio y el sextante, y realizó varios viajes, terminados los cuales, llegó á piloto mayor. Despues se le puso al frente del Consejo Hidrográfico. En su juventud, su tío, Jorge Antonio Vespucci, sabio religioso de San Márcos, encargado de la educacion de varios niños de ilustre cuna, le habia asociado á sus estudios. Dotado de un estilo copioso y atractivo, continuó Amérigo despues de sus clases, sosteniendo correspondencia con varios de sus antiguos condiscípulos que ocupaban elevados cargos en Europa. La descripcion de los viajes que hizo á países nuevos, dirigida por él al duque René de Lorena, á Lorenzo de Pier, Francesco de Médicis y al gonfalonero de Florencia, Pedro Soderini, alcanzó un éxito extraordinario. En una de sus Cuatro Relaciones hállanse ciertas palabras vagas y ambiguas que pueden dar lugar á creer que él habia sido el primero en ver la tierra firme, y parecia haber dado á dichas regiones desconocidas el nombre de Nuevo Mundo.

Nadie hasta entónces, sin embargo, habia impuesto un nombre al continente descubierto por Colon. Habiéndose hecho el Descubrimiento bajo los auspicios de la Cruz, y para el triunfo de la Cruz, venia generalmente indicada esta tierra nueva en los mapas, por la señal y nombre de la Cruz. Este nuevo continente se llamó en un principio: TIERRA DE LA SANTA CRUZ ó *Nuevo Mundo*. La célebre edicion de la *Geografia de Ptolomeo*, hecha en Roma, en la imprenta de Evangelista Tosino, por Márcos de Benevento y Juan Cotta de Verona, en 1608, reproducia un mapa-mundi de Ruysch, en el que el Nuevo Continente estaba designado con estas palabras: TERRA SANCTÆ CRUCIS, *sive Mundus Novus* (1). Sin embargo, durante este tiempo, estaba ya reimpressa en Milan la Relacion de Amérigo Vespucci, impresa en Vicenza el año anterior; y, sin quererlo, acababa la Francia de quitar para siempre á Colon la honra de dar su nombre á ese Nuevo Mundo, de cuyo descubrimiento él solo era el verdadero autor.

Un geógrafo lorenés, residente en Saint-Dié, en los Vosgos, habia publicado con el pseudónimo de Martinus Hylacomilus, una obra de Cosmografía, seguida de las Cuatro Relaciones (2) de viajes de Amérigo Vespucci. Este escrito, intitulado:

(1) La edicion de Ptolomeo, hecha en Venecia, en 1511, por Jacobo Pentius de Leucho, con mapas grabados en madera, designaba tambien el Continente nuevo con estas palabras, escritas con mayúsculas encarnadas: TERRA SANCTÆ CRUCIS.

(2) El título completo de la obra es este: *Cosmographia introductio, cum quibusdam geometria ac astronomia principis ad eam rem necessariis, insuper quatuor Americi navigationes*.—Impresa primero en esta ciudad el año 1507, y reimpressa en Strasburgo el año 1509.

INTRODUCCION A LA COSMOGRAFÍA, redactado en Saint-Dié, impreso primero en dicha ciudad el año 1507, y reimpresso en Strasburgo en 1509, estaba dedicado al emperador Maximiliano. El autor Martin Waldsemüller, no nombraba en él ni una vez siquiera á Cristóbal Colon, y ni áun parecia sospechar la existencia del mismo, pues atribuia declaradamente el descubrimiento del nuevo continente al genio de Amérigo Vespucci. Llevado de su admiracion por la sagacidad de Amérigo, declaraba el Cosmógrafo de Saint-Dié que él no comprendia con qué derecho dejaba de darse el nombre de Amérigo á ese nuevo mundo que él habia descubierto, y de llamarlo América, ya que el uso ha hecho femeninos los nombres de Europa y Asia (1). El elevado destino de este escrito facilitó la adopcion del nombre propuesto por Martin Waldsemüller. Por la edicion de Juan Gruniger, en 1509, se vé que la primera copia de la relacion de los Cuatro Viajes de Vespucci, escrita primeramente en español, traducida despues al portugués, se vertió al italiano, de la que se vió luégo traducida al frances, y muy pronto reproducida del frances al latin, lo que la hizo europea. Esta extraordinaria publicidad preparaba el consentimiento del público para la injusta denominacion que tan cándidamente proponía el Geógrafo de Saint-Dié.

Por nuestra desgracia nos vemos tambien obligados á confesar que Francia fué la primera que estampó el nombre de AMÉRICA en sus mapas geográficos. Los más antiguos, impresos en Lyon, llevaron el nombre de *América*, para designar al Nuevo Mundo. Llevaba este nombre consignado el mapa de 1522, grabado en madera, que acompañó á la reimpression del de Ptolomeo, en los talleres de Melchor y Gaspar Trechsel (2). Lleváballo tambien el que publicó en 1541 el editor Hugo de Portes.

Las prensas protestantes de Alemania porfiaron en consagrar esta ciega usurpacion. El fraile apóstata Sebastian Munster, autor de «la Introduccion á la tabla de Cosmografía,» difundió este nombre de *América* por medio de la imprenta de Basilea. Por otra parte, Joaquin Vadianus propagaba este nombre en su «Cosmografía universal,» impresa en Zurich el año 1548. Florencia acogió con asiduidad una denominacion de que se enorgullecia su patriotismo, y sus afirmaciones vanidosas engañaron á Italia. Despues de haberse inscrito el nombre de América, primero en una obra de Cosmografía, grabado luego en planisferios, se encontró por la primera vez, en 1570 burilado en un globo en relieve. Dicho globo, de composicion metálica, ricamente incrustado de oro y plata, era obra del milanés Francisco Basso.

(1) «Non video cur quis jure vetet ab Americo inventore sagacis ingenii viro *Amerigem* quasi Americi terram, sive *Americam* dicendam, cum et Europa et Asia a mulieribus sua sortitæ sint nomina.»—*Cosmographia introductio*, cap. ix.

(2) «Bajo este título: *Orbis typus universalis juxta hydrographorum traditionem exactissime depicta*.» 1522.

El nombre de América era aceptado sin disputa en aquella fecha. Desde mucho tiempo nadie pensaba ya en Colon. Su posteridad estaba ya extinguida en la línea masculina que hubiera continuado su nombre. Al formar Fracanzo de Montalbodo, en 1507, su colección de viajes, no había hecho siquiera indagaciones sobre la muerte de Cristóbal Colon, y hasta ignoraba su última expedición marítima. En la traducción latina cuyo prólogo está firmado por Madrignano, á 1.º de junio de 1508, se decía que «libres de la cárcel entonces Cristóbal Colon y su hermano, vivían honrados en la corte de España.» El doctor Vallés, continuador de la célebre Crónica de los Reyes Católicos por Hernando del Pulgar, atribuye el descubrimiento del Nuevo Mundo, no á un hombre, sino á una carabela (1), y alude á la fábula del piloto muerto en casa de Colon. Este descuido, que era la consecuencia natural de tantos errores, dimanaba naturalmente del profundo descrédito con que había terminado la carrera del gran Almirante del Océano. Puede juzgarse de la indiferencia del público por su gloria sabiendo que un contemporáneo del Descubrimiento, capellan del Rey Católico, de agudo talento, Lucio Marineo, llamado de Sicilia á Castilla para propagar allí el gusto á las letras latinas, escribiendo su *Historia de las cosas memorables de España*, confundía ya la materia del descubrimiento del Nuevo Mundo, desfiguraba el nombre maravillosamente simbólico de Cristóbal Colon, y no se sonrojaba de llamarle PEDRO COLON (2)! De esta manera se hacía cómplice del médico alemán Jobst Ruchamer, quien en el primer libro germánico donde se habló del Nuevo Mundo, no pronuncia ni una sola vez el nombre de Colon; y se obstina en llamarle Christoffel Dawber, lo que significa en español: CRISTÓBAL PALOMO.

Estos hombres no tenían la menor idea de la enormidad de su profanación.

Después de su tercer viaje había Cristóbal Colon descendido tanto en el concepto del público, que ni siquiera se dignaba nadie ocuparse de él. Para unos no pertenecía ya á este mundo. No dando otros importancia ninguna á cuanto le atañía, no se tomaban la molestia de comprobar las fechas. Vemos que era general esta depreciación de su gloria, en la época en que se publicaron las tres primeras Décadas Oceánicas de Pedro Mártir, en Alcalá de Henares, el año 1516, diez años antes de la primera edición de los primeros libros de la historia de las Indias, por Oviedo, publicada en Toledo, y cuando el veneciano Ramusio había emprendido ya su colección de viajes. La prueba de esto se desprende de sus escritos. Todos tienen que disculpar á Colon de las acusaciones que la malevolencia continuaba difun-

(1) «El primero que las descubrió fué aquella carabela llevada por viento contrario á levante, y tan contrario que vino á tierras no conocidas, etc.»—Vallés, *Breve y compendiosa adición á la Crónica de los católicos y esclarecidos reyes*, etc., cap. 1, fól. CCIV.

(2) «Petrum Colonum cum triginta quinque navibus quas caravellas appellant et hominum magno numero misere.»—Lucii Marinei Siculi, *De rebus Hispaniæ memorabilibus*. Lib. XIX.

diendo contra él, después de su muerte; no obstante, el juicio de los historiadores españoles era impotente para reformar la opinión pública; en primer lugar porque sus obras, que exigían un estudio algo grave, no estaban destinadas á ser populares, y luego después porque ninguna de dichas obras se publicó en estado de completa conclusión; finalmente, y sobre todo, porque la mayor parte de ellas quedaron manuscritas. El segundo hijo de Colon, don Fernando, que fué también su biógrafo, no terminó su trabajo hasta el año 1536, y lo dejó manuscrito. El virtuoso Bartolomé Las Casas comenzó el suyo muy tarde, y no lo concluyó hasta cincuenta y tres años después de la muerte de Cristóbal Colon: también lo dejó manuscrito. La opinión quedó, pues, bajo la influencia de las más injustas prevenciones. La calumnia que había acibarado cada uno de los días de Colon, después del inesperado triunfo de su primer viaje, implacable á pesar de la muerte, se enfureció contra su nombre, sentóse sobre su sepulcro, y difamó su memoria por los siglos.

§ II.

En medio de este error casi general, sólo el Pontificado romano conservaba el presentimiento de la grandeza apostólica de Cristóbal Colon.

Tres Papas habían sucesivamente honrado con su confianza á ese heraldo de la Cruz; la Santa Sede no se contradujo nunca respecto á él, y el Sacro Colegio permaneció fiel á esta noble simpatía. Ya durante su vida, cuando su gloria encontraba tantos detractores en la España, que él hacía la más grande nación del mundo, el Padre Santo y los cardenales honraban en Roma sus trabajos inmortales. El único escrito de ese grande hombre, publicado mientras vivió, se imprimió en Roma el año 1493, por Aliander de Cosco, en casa de Eucharius Argentinus.

El primer personaje de Roma que recibió y propagó los pormenores históricos del Descubrimiento, fué el cardenal Ascanio Sforza.

El cardenal Bernardino Carvajal estaba en correspondencia, con motivo de Colon, con el célebre literato Pedro Mártir de Anglería, profesor de latinidad en la corte de España.

El cardenal Luis de Aragon enviaba uno de sus secretarios para recoger, de los labios de Pedro Mártir, lo que este elegante literato sabía del mismo Colon.

El ilustre cardenal Bembo intercalaba en su *Historia de Venecia* un libro entero acerca del descubrimiento de Cristóbal Colon.

El papa Leon X se hacía leer, durante las veladas de invierno, en medio de la corte pontificia, todos los descubrimientos de Colon, cuya historia había compuesto Pedro Mártir de Anglería bajo el título de DÉCADAS OCEÁNICAS.